

EL ESPÍRITU HACE REVIVIR LOS HUESOS SECOS DE LA HUMANIDAD

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para las vísperas de Pentecostés (Parroquia Santa Adela, 10 mayo 2008)

1. Alguna vez ustedes estuvieron en el campo y vieron un animal muerto, del que sólo quedaban los huesos. Cuando llegué al Chaco como arzobispo de Resistencia, había una sequía de muchos meses. Y en el campo, muchas vacas muertas, con los huesos disecados. Un espectáculo impresionante. Imaginen, si pueden, un antiguo campo de batalla. No siempre había tiempo para recoger y enterrar a los muertos. Muchas veces se los comían las aves de rapiñas, y quedaban los huesos desparramados. ¡Impresionante! ¿No? Mucho más impresionante es la visión que tuvo el profeta Ezequiel: un valle entre dos montañas, llenos de huesos humanos: *"El Señor me sacó afuera... y me puso en el valle, que estaba lleno de huesos... Vi que los huesos tendidos en el valle eran muy numerosos y estaban resecos"* (Ez 37,1).

2. Esa visión era símbolo del pueblo de Israel, desterrado a Babilonia por los invasores caldeos. Lejos de su patria, los israelitas vivían desanimados, copiando muchas veces las malas costumbres de sus dominadores, que no creían en el único Dios. Se la pasaban quejándose: *"Se han secado nuestros huesos y se ha desvanecido nuestra esperanza. ¡Estamos perdidos!"* (v. 11). Eran, de veras, como esqueletos resecos, sin vida.

3. Por orden de Dios, el profeta Ezequiel invoca su Espíritu sobre esos huesos, y se produce un milagro que lo deja boquiabierto: los huesos comienzan a revivir. Primero, se juntan y forman esqueletos. Luego, se cubren de nervios, de carne, de piel. Ya se parecen a hombres recién muertos, pero que aun no respiran, pues todavía no tienen espíritu. El profeta invoca nuevamente al Espíritu de Dios, y se obra la resurrección, la vida nueva: *"Y el Espíritu penetró en ellos. Y así revivieron y se incorporaron sobre sus pies. Era un ejército inmenso"* (v. 10).

4. Eso, y mucho más, queridas chicas y muchachos, es lo que hace el Espíritu Santo en nosotros. Sin el Espíritu de Dios somos como un montón de huesos secos. Podríamos tener cuerpos bellos y fuertes. Pero sin el Espíritu de Dios, todo sería apariencia, nada más que huesos secos. Sólo con el Espíritu de Dios podemos ser de veras el ser humano maravilloso que Dios plasmó con sus manos, en el cual infundió su Espíritu de vida, como dice la bella narración sobre la creación del hombre, del libro del Génesis.

5. Estoy seguro que ustedes tienen como ideal de vida realizar el sueño que Dios, nuestro Padre Creador, se propuso al darles la existencia. Para ello necesitan el Espíritu de Dios. Hoy lo van a recibir en el sacramento de la Confirmación. Pero no basta recibirlo. Han de vivir en adelante conforme a él.

¿Cómo pueden saber que viven conforme al Espíritu de Dios? Si viven conforme a Jesús: creyendo, amando y poniendo en práctica su Evangelio.

6. Los antiguos judíos celebraban una fiesta llamada "de las Chozas". Se celebraba cincuenta días después del comienzo de la cosecha. Una especie de Pentecostés antiguo. En ella los judíos vivían en chozas, recordando la protección que Dios les había brindado cuando peregrinaban por el desierto.

Hoy la protección que Dios nos da es el mismo Jesús. Por eso, recién leímos en el Evangelio que, una vez, *"el último día de la fiesta de las Chozas, Jesús poniéndose de pie, exclamó: 'El que tenga sed, venga a mí; y beba el que cree en mí'".* Y el evangelista San Juan comenta: *"Él se refería al Espíritu que debían recibir los que creyeran en él"* (Jn 7,37-38.39).

7. Sí, vayan siempre a Jesús. Beban su enseñanza, como el sediento bebe un vaso de agua fresca. Pongan en práctica el Evangelio de Jesús. Y van a tener una alegría que nadie les podrá quitar: la alegría de tener al Espíritu Santo.

El apóstol San Pablo, que cuando no tenía al Espíritu Santo, perseguía a los cristianos, una vez que lo recibió, escribió por experiencia cómo se vive cuando se lo tiene: *"El fruto del Espíritu es: amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia"*. Por el contrario, ¿cómo vive el que no tiene el Espíritu? ¿O, habiéndolo recibido, se olvida de vivir conforme al Evangelio de Jesús?

San Pablo también nos lo dice: *"Fornicación, impureza, libertinaje, idolatría y superstición, enemistades y peleas, sectarismos, disensiones y envidias, ebriedades y orgías, y todos los excesos de esta naturaleza"*. Y les comentaba a sus fieles: *"Les vuelvo a repetir que los que hacen estas cosas no poseerán el Reino de Dios"* (Ga 5,19s).

8. ¡Queridos papás y padrinos! La mayoría de Ustedes sabe que no basta transmitir la vida. Una vez que el bebe ha nacido, hay que cuidarla, alimentarla, preservarla de las enfermedades.

Lo mismo sucede con la vida del Espíritu. No basta darla. Tenemos que cuidarla. En esto los pastores tenemos graves responsabilidades. Pero Ustedes, los padres y padrinos, también. Sobre todo con el testimonio de una vida honesta. Y nunca hagan lo contrario de lo que enseñan a sus hijos.

Mons. Carmelo Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia

